



Seix Barral

Janusz Korczak

Diario del gueto



Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DIARIO (MAYO-4 DE AGOSTO DE 1942)

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

OTROS ESCRITOS

A MIS QUERIDOS HEJALUTZ, PARA DESCIFRAR EN UN RATO LIBRE

AL DEPARTAMENTO DE PERSONAL DEL CONSEJO JUDÍO

LOS PRIMEROS PASOS EN LA CALLE DZIELNA, 39

A GUSTAW WIELIKOWSKI

SOBRE LA CASA PRINCIPAL DE ACOGIDA

INFORME DE LA SEGUNDA DÉCADA [EN LA CASA PRINCIPAL DE ACOGIDA]

INFORME DE LA SEGUNDA DÉCADA (DZIELNA, 39)

LA HONESTIDAD QUE NO RAZONA

SOBRE EL PROYECTO DE DEPARTAMENTO PARA PERSONAS...

SOBRE EL PERSONAL DE LA CASA PRINCIPAL DE ACOGIDA

A UNA DESTINATARIA NO IDENTIFICADA

A ABRAM GEPNER

A HERSZ KALISZER

A UNA MUCHACHA NO IDENTIFICADA

LA VOZ DE MOISÉS... LA VOZ DE LA TIERRA PROMETIDA...

A LA CASA PRINCIPAL DE ACOGIDA

A LA MUTUALIDAD DE EMPLEADOS DEL DEPARTAMENTO DE...

SOBRE EL PROYECTO «EL NIÑO Y LA POLICÍA»

DOS ATAÚDES (EN LA CALLE SMOCZA Y EN LA CALLE SLISKA)

CONSULTORIO

EL CONSULTORIO Y LOS NOVATOS

¿QUÉ CLASE DE VIDA TENDRÉ DESPUÉS DE LA GUERRA?

¿POR QUÉ REZAN?

MIS DOS SUEÑOS EXTRAÑOS

LA MISMA COSA PUEDE SER BUENA O MALA

LA MADRE PIENSA, PIENSA, Y NO SABE
LA SEÑORA WOSIA
LA SEÑORA NOWACKA
LA FELICIDAD
UN CUENTO DE HADAS SOBRE LA VIDA
EPÍLOGO
BIOGRAFÍA
MANUSCRITO DEL DIARIO Y OTROS DOCUMENTOS
ORIGINALES
CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Considerada un clásico, *Diario del gueto* constituye un inestimable testimonio autobiográfico. Janusz Korczak, pediatra de éxito y autor de fama mundial que en su ciudad natal, Varsovia, renuncia a una brillante carrera científica para dedicarse al cuidado de los huérfanos. Tras la ocupación nazi de Polonia Korczak, como tantos otros judíos, es enviado al gueto de Varsovia. Allí se hace cargo de un orfanato que hospedará a doscientos niños. Aun teniendo la oportunidad de huir del gueto, Korczak decide no abandonar a los muchachos e incluso viajará con ellos en el tren que los transportará hasta el campo de exterminio de Treblinka. Janusz Korczak es una de las figuras legendarias que han emergido de la tragedia del Holocausto. Escritor, médico, activista social y educador, se licenció en Medicina y, tras ejercer durante un tiempo en un hospital pediátrico, dirigió el asilo de huérfanos judíos de Varsovia de 1912 a 1942. Murió junto a los niños en las cámaras de gas de Treblinka en 1942.



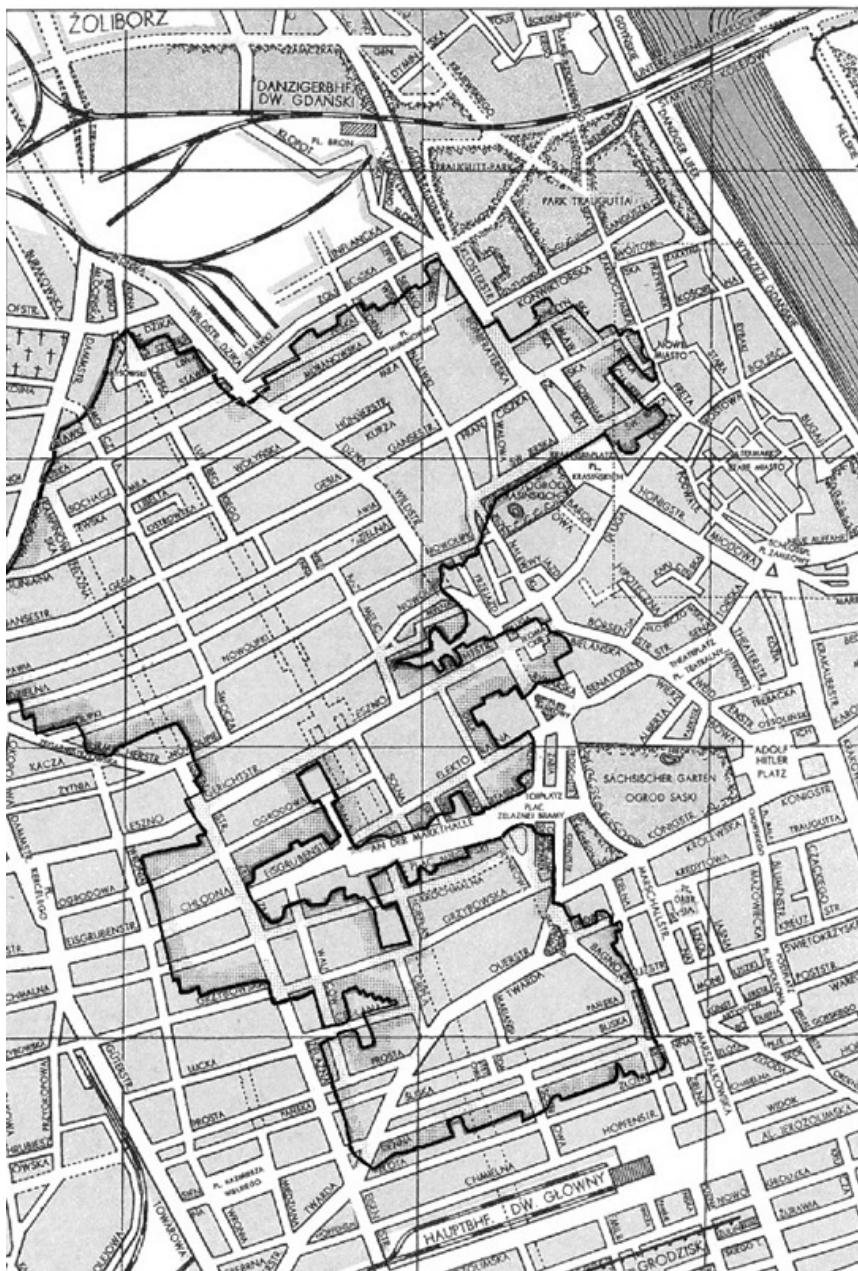
Seix Barral Los Tres Mundos

Janusz Korczak

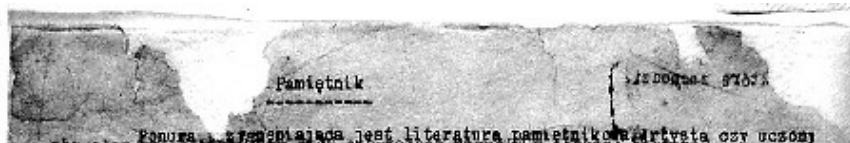
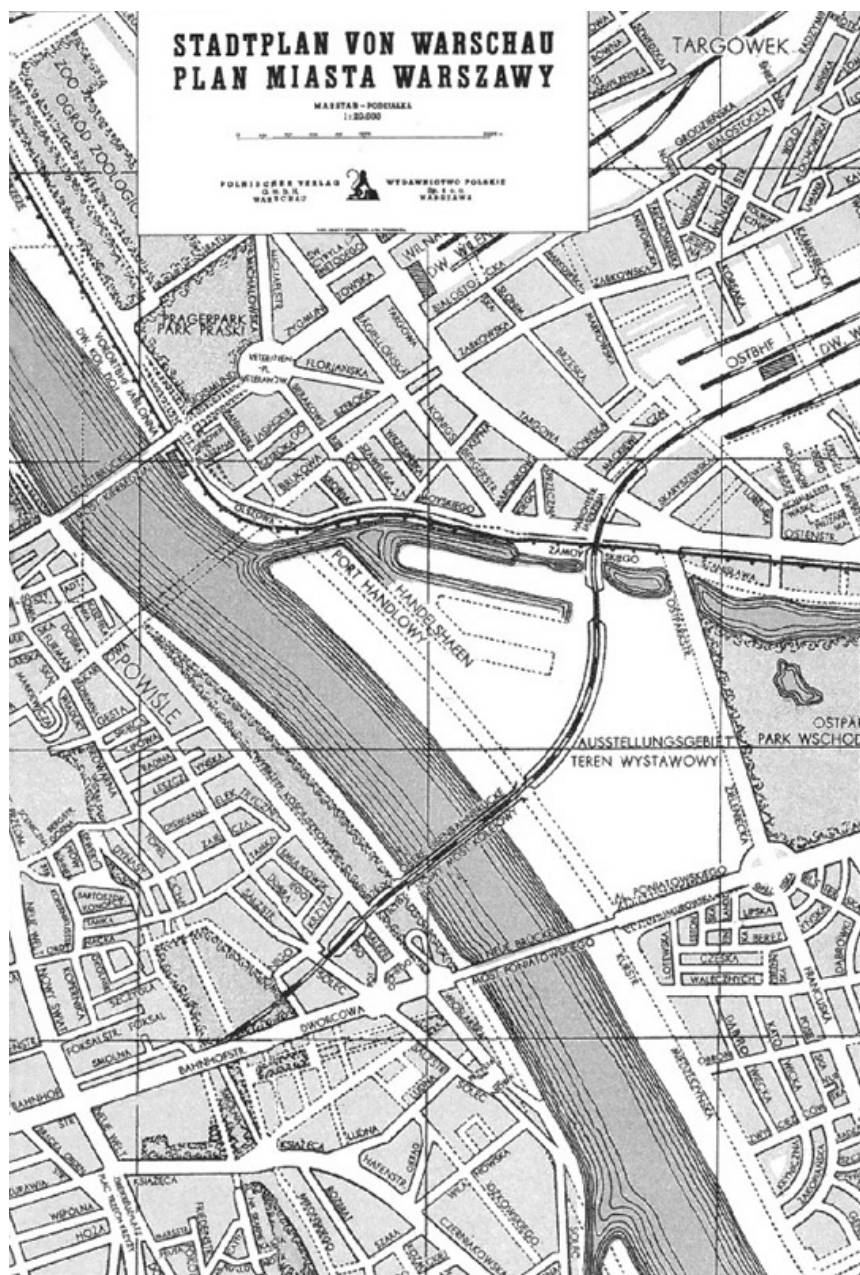
Diario del gueto y otros escritos

Traducción del polaco por
Jerzy Sławomirski y Anna Rubió Rodon

DIARIO
Mayo - 4 de agosto de 1942



Mapa de la Varsovia de 1941.



PRIMERA PARTE

¡Qué lúgubre y agobiante resulta la literatura memoria-
lista! Un artista o un científico, un político o un dirigente en-
tran en la vida cargados de propósitos ambiciosos, de mo-
vimientos decididos, agresivos y elegantes y de un enérgi-
co dinamismo. Se encaraman cada vez más arriba, superan
todos los obstáculos, amplían su círculo de influencias y, ar-
mados de experiencia y de innumerables amistades, se
acercan con más facilidad y eficacia a sus objetivos, etapa
tras etapa. Esto puede durar un decenio, dos, o quizá tres.
Pero luego...

Luego sólo queda el cansancio y, pasito a pasito, una
marcha obstinada con rumbo fijo por un camino ya más
practicable, aunque con menos entusiasmo y con la doloro-
sa convicción de que esto no es lo que tenía que haber si-
do, que sabe a poco, que avanzar en solitario se ha vuelto
tremendamente difícil, que lo único que ahora puede ir en
aumento son las canas y las arrugas en una frente antes tan
lisa y despejada, y que el ojo ya no ve con claridad, la san-
gre circula más lentamente y las piernas flojean.

¡Qué le vamos a hacer! Es la vejez.

Algunos se resisten y [no] lo admiten, querrían que las
cosas fueran como antes o hasta pretenden progresar con
más ímpetu y más de prisa para llegar a tiempo. Se enga-
ñan, se defienden, se rebelan y se agitan. Otros, tristemen-
te resignados, no solamente renuncian, sino que incluso se
echan atrás.

—No puedo más.

—No quiero ni intentarlo.

—No vale la pena.

—Ya no entiendo nada.

—¡Si pudiera recuperar la urna que contiene las cenizas de todos estos años, la energía que he malgastado persiguiendo quimeras, el generoso brío de las fuerzas de antaño...!

Gente nueva, generaciones nuevas, necesidades nuevas. Le irritan y él irrita a otros. Al principio, pequeños malentendidos, y luego, una incompreensión permanente. Los gestos de esa gente, sus pasos, sus ojos, sus dientes blancos, su frente lisa aunque no digan nada...

Todo y todos a tu alrededor, la tierra, tú mismo y tus estrellas te dicen:

—Basta... Ha llegado tu ocaso... Ahora es nuestro turno... Tu consumación... Dices que las cosas [no] se hacen como las hacemos nosotros... No vamos a llevarte la contraria, tú lo sabes mejor, tienes experiencia, pero déjanos probar.

Es ley de vida.

El hombre se somete a ella, también los animales, quizá los árboles y ¿quién sabe si incluso las piedras? Lo que cuenta ahora es nuestra voluntad, nuestro poder, nuestro tiempo.

Hoy, la vejez, y pasado mañana, la decrepitud.

Las manillas giran cada vez más deprisa en las esferas de los relojes.

La mirada pétrea de la Esfinge lanza la eterna pregunta:

—¿Quién anda por la mañana a cuatro patas, al mediodía camina erguido con dos y por la noche se arrastra con tres?

Eres tú, apoyado en un bastón, con la mirada fija en los rayos tibios y agonizantes del sol poniente.

En mi autobiografía intentaré hacerlo de otro modo. Tal vez me ilumine una idea feliz, tal vez salga airoso, tal vez ésta sea la manera correcta.

Al perforar un pozo, no comienzas enseguida a cavar a gran profundidad, sino que primero retiras la capa superior y apartas la tierra a paletadas, sin saber qué encontrarás más abajo, cuántas raíces enmarañadas, cuántos obstáculos y cuántas trabas, cuántas piedras molestas y cuántos objetos duros que tú dejaste allí y que dejó otra gente.

Te has decidido. Tienes fuerzas suficientes para empezar. Además, ¿acaso alguien ha acabado jamás alguna obra? ¡Escupe en tus manos! ¡Agarra la pala con fuerza! Sin temor.

—Uno, dos, uno, dos.

—¡Ayúdame, Dios!

—Abuelito, ¿qué pretendes hacer?

—¿No lo ves? Busco fuentes subterráneas, el frío y puro elemento del agua, y revuelvo en mis recuerdos.

—¿Quieres que te ayude?

—Oh, no, cielo, eso debe hacerlo cada uno por su cuenta. Nadie puede echarle una mano ni sustituirlo. Cualquiera otra cosa, con mucho gusto, suponiendo que aún confíes en mí y no me tomes por el pito del sereno, pero este último trabajo tengo que hacerlo solo.

—¡Que Dios te ayude!

Entonces...

Mi propósito es responder a un libro mendaz de un falso profeta. Este libro ha hecho mucho daño.

*Así habló Zaratustra.*¹

Yo también tuve el honor de hablar con Zaratustra. Sus arcanos son sabios, fatigosos, duros y tajantes. Y a ti, filósofo desdichado, te llevaron tras los lúgubres muros y las tupidas rejas de un hospital psiquiátrico. Porque ¿acaso no es esto lo que ocurrió? Está escrito negro sobre blanco:

«Nietzsche murió enemistado con la vida, loco».

En mi libro pretendo demostrar que también estaba dolorosamente enemistado con la verdad.

A mí, ese mismo Zaratustra me enseñó otras cosas. Tal vez yo tuviera mejor oído o escuchara con más atención.

Maestro y discípulo coincidimos en una cosa: su camino y el mío fueron arduos. Más derrotas que triunfos, muchos recodos y, por ende, tiempo y esfuerzos perdidos aparentemente en balde.

Porque cuando llegue la hora de saldar cuentas, no en la celda solitaria del más triste de los hospitales, sino [...] tanto las mariposas como los grillos y las luciérnagas, el concierto de los saltamontes y el solista de las alturas celestes: el ruiseñor.

Dios mío.

Te doy las gracias, buen Dios, por los prados y las puestas de sol de tantos colores, por la frescura de la brisa vespertina después de un día de bochorno y fatiga.

¡Dios, cuán sabia fue tu decisión de hacer que las flores despidieran fragancia, que los gusanos de luz brillaran a ras de tierra y los destellos de las estrellas titilaran en el firmamento!

¡Qué alegre es la vejez!

¡Qué agradable es el silencio!

Un descanso placentero.

«El hombre que creaste y a quien salvaste, colmado de tus dones...»²

Pues bien. Manos a la obra.

—Uno, dos.

Dos vejestorios se calientan al sol.

—Explícame, viejo carcamal, cómo es que todavía sigues vivo.

—Bueno, siempre he llevado una vida moderada, prudente, sin excesos ni vuelcos inesperados. No fumo, no bebo, no juego a los naipes y nunca he ido tras las faldas. Jamás he tenido hambre ni he estado completamente agota-